NEW LEFT REVIEW 158

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2026

EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN — La guerra del Golfo de Trump — 9

ARTÍCULOS

NATHAN SPERBER — ¿Más allá del neoliberalismo? — 29

NANCY FRASER — Gaza como acontecimiento mundial — 57

ENTREVISTA

RICHARD OVERY & TOM STEVENSON — Repensar la Segunda Guerra Mundial — 75

ARTÍCULOS

LOÏC WACQUANT — Contra el abolicionismo — 111

MARCUS VERHAGEN — El arte de la contramemoria — 133

CRÍTICA

SEBASTIAN VEG — Tres perspectivas sobre Hong Kong — 145

THOMAS MEANEY — Las promesas de Occidente — 155

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

SUSCRÍBETE

tdS traficantes de sueños

En las culturas públicas, la relevancia de una disciplina varía según el país (y, por supuesto, también con el paso del tiempo). Tras 1945 la historia adquirió en Gran Bretaña una importancia central, que superaba la que tenía en cualquier otro país occidental. En Francia, la escuela de los Annales ocupó, por la novedad de sus métodos y preocupaciones, una posición por delante de cualquier homóloga británica, y fue ampliamente reconocida como tal. Sin embargo, en presencia intelectual y prestigio probablemente se vio eclipsada por la filosofía y, en ocasiones, incluso por la antropología: Sartre, Beauvoir y Lévi-Strauss eran más leídos y comentados que Braudel o Duby. En Alemania, la filosofía nunca perdió su lugar en el centro de la atención, como demostraría la carrera de Habermas. En Estados Unidos, la economía, las ciencias políticas y, durante un tiempo, la sociología –Friedman, Huntington, Merton– dominaron la escena, las dos primeras arraigadas en sucesivos gobiernos.

Solo en Inglaterra, la historia gozó de preeminencia pública. A. J. P. Taylor fue el primer académico de cualquier disciplina en convertirse en una estrella mediática, sucesivamente presente en la prensa, la radio y la televisión. Su oponente, Trevor-Roper, se dedicó al periodismo y a la polémica con casi el mismo entusiasmo y le superó en aceptación académica. Ambos nacidos antes de la Primera Guerra Mundial, esta pareja radical/whig fue desplazada hacia la izquierda en la siguiente hornada, formada durante la Segunda Guerra Mundial y activa tras la guerra en el Grupo de Historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB) de la década de 1940: Christopher Hill, Edward P. Thompson, Eric Hobsbawm, Rodney Hilton y Victor Kiernan. Se trataba del estrato marxista, que fundó Past and Present, la revista que se convirtió en el equivalente británico de Annales, dotada de su propio timbre y formato y siendo comparable en influencia a su homóloga francesa, y en la que historiadores de prestigio, que no eran ni marxistas ni especialmente de izquierda, llegaron a desempeñar un papel no menos significativo. Un rasgo común a la obra de lo que en la década de 1960 era una cohorte mayoritariamente excomunista radicaba en una preocupación inicial y en algunos casos inquebrantable por el pasado de la propia Gran Bretaña, del siglo XII al XX. Esta fue parte de la razón de su influencia, ya que, quizá incluso más que la literatura, la historia ha actuado durante mucho tiempo como un campo de pruebas de la identidad nacional.

Ese planteamiento se atenuó con el declive de la generación de posguerra y la pérdida de estatus de Gran Bretaña en el mundo. En la siguiente generación se hizo más habitual que los historiadores más destacados escribieran sobre

el pasado de sociedades distintas a la suya, o sobre temas –el imperio, el más persistente– que la abarcaban y la superaban. Un gran historiador marxista, Chris Wickham, ha producido una obra tan formidable intelectualmente como la de cualquiera de sus predecesores; aunque, debido a la lejanía del presente de gran parte, aunque no toda, de la misma, centrada en la Antigüedad clásica y la arqueología técnica, todavía no ha alcanzado el tipo de renombre popular del que disfrutaron Thompson o Hobsbawm. En términos más generales, la influencia del marxismo se desvaneció, sin que la mayoría de los historiadores se volvieran más de derecha; más bien al contrario.

En estas circunstancias transformadas, entre las mentes más notables que han alcanzado la prominencia y permanecido en el país se encuentran Ian Kershaw y Richard Overy. Ambos comparten sus inicios en el Viejo Laborismo y su repulsa por el Nuevo Laborismo; acumulan más de veinte libros cada uno centrados en la Segunda Guerra Mundial, así como una amplia audiencia ganada gracias a su talento para el estilo y su habilidad en el uso de la televisión como medio capaz de llegar a un público realmente amplio. Mientras que la mayor parte de la obra de Kershaw se ha centrado en la figura de Hitler y la trayectoria del nazismo en Alemania, la principal potencia del Eje enfrentada a los Aliados, la obra de Overy ha sido desde el principio comparativa, abarcando a la totalidad de los principales beligerantes.

En este número publicamos una entrevista con Overy sobre su carrera y su pensamiento. Su obra se divide en cuatro bloques temáticos principales: los orígenes y la naturaleza de la Segunda Guerra Mundial; la guerra aérea como principal novedad del conflicto; los diferentes aspectos de la vida y la sociedad británicas; y las reflexiones sobre la historia global de la guerra. A lo largo de cinco décadas, su pensamiento al respecto ha cambiado con el paso del tiempo, tal y como él mismo explica. Aunque quizá sea la panorámica más extensa, que ha ofrecido hasta la fecha sobre su labor como historiador, no constituye un repaso completo de esta: el peso relativo de sus escritos sobre el advenimiento del poder aéreo y sus consecuencias –actualmente en curso de nuevas y espectaculares transformaciones– carece aquí de una representación acorde, al igual que la longue durée de su historia planetaria de los campos de batalla desde los tiempos más remotos. Dejando de lado limitaciones como estas, las cualidades realmente inusuales de Overy como estudioso destacan en lo que sigue: el fenómeno poco común de un historiador militar, que domina la economía y la tecnología de la guerra, que muestra una curiosidad comparativa que se extiende de un extremo a otro de Eurasia, que exhibe una agudeza analítica y una sobriedad de juicio libres de cualquier conformismo imperante y que ofrece una respuesta insobornablemente humana a la actividad menos humana de la especie.

RICHARD OVERY

REPENSAR LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Entrevistado por Tom Stevenson

Nos gustaría explorar el desarrollo de tu pensamiento como historiador comparativo militar y económico de la Segunda Guerra Mundial, que condujo a una reinterpretación radical de la misma en tu libro Blood and Ruins: The Great Imperial War, 1931-1945 y en otros trabajos recientes, como resultado de una crisis más amplia del orden imperial mundial[1]*. Pero, ¿podríamos empezar preguntándote por tus antecedentes y por cómo te convertiste en historiador de la guerra? ¿Cómo describirías a tu familia y tus intereses y actividades durante tu infancia en casa y en la escuela?*

La mía era una familia bastante peculiar. Mi padre era un inmigrante irlandés radicado en Inglaterra y convertido en ingeniero; mi madre era hija de un alto funcionario, aunque trabajó la mayor parte de su vida como secretaria. Mi padre y mi madre eran muy de derechas. Mi hermana gemela y yo nacimos en 1947 y, desde los ocho años, crecimos en un pequeño pueblo de Somerset. En el pueblo no había casi nadie más de mi edad, así que pasaba mucho tiempo solo, lo que me obligaba a buscar cosas que hacer. Fui a colegios locales, pero era bastante tímido y estaba aislado de los demás niños; pasaba mucho tiempo solo en el patio. Además, las exigencias del aprendizaje me parecían bastante aburridas; más bien prefería aprender por mi cuenta. Así que pasaba mucho tiempo leyendo cosas, que tenían poco que ver con el colegio.

A mi madre le fascinaba la historia y creo que fue gracias a ella que esta me atrajo en primer lugar. Desde muy temprana edad empecé a leer los

[1] Richard Overy, *Blood and Ruins: The Great Imperial War, 1931-1945*, Londres, 2021; ed. cast.: *Sangre y ruinas: La gran guerra imperial, 1931-1945*, Barcelona, 2024.

libros de historia de sus estanterías; era lo que más me interesaba. Lo que realmente quería era ser arqueólogo; también pasé mucho tiempo coleccionando fósiles y cosas por el estilo. La arqueología resultó ser demasiado científica. También me involucré bastante en la Iglesia. Mi madre siempre esperó que fuera obispo. Mantuve mi entusiasmo por el cristianismo hasta los dieciocho años, pero lo dejé de lado muy rápidamente una vez que llegué a Cambridge. Al final me interesé mucho por la política moderna y, por lo tanto, por la historia moderna.

Fuiste a Cambridge en la segunda mitad de la década de 1960 para estudiar Historia en Gonville and Caius College. ¿Cómo fue tu experiencia allí tanto en lo referido a la gente que conociste como a las asignaturas que cursaste? ¿Qué te pareció la revuelta estudiantil de la época?

Mi etapa en Cambridge también fue bastante extraña, porque yo era muy de derechas cuando llegué. Fue en mi primer año cuando me quité las anteojeras y de repente me di cuenta no solo de que me había convertido en ateo, lo cual sigo siendo, sino también de que las cosas que mi madre, mi padre y otras personas de Somerset me habían estado diciendo sobre el mundo exterior simplemente no eran ciertas. Al principio me sentí muy cohibido, como el típico chico de instituto rodeado de alumnos muy brillantes procedentes de colegios privados. Pensé que aquel no iba a ser un lugar para mí. Al venir de un pueblo pequeño, me costó un tiempo adaptarme, pero pronto encontré un grupo de amigos, que compartían mis mismas opiniones. Organizamos un círculo de poesía; escribíamos nuestros propios versos. Rápidamente me incliné hacia la izquierda, me uní a los estudiantes marxistas, protesté contra la guerra de Rodesia, hice campaña por temas estudiantiles: logramos conseguir una máquina expendedora de preservativos para la sala de estudiantes, aunque ello quizá no haya sido mi mayor triunfo. Básicamente, pasé a formar parte del cuerpo estudiantil de izquierda, que era muy numeroso. Eso fue realmente lo más importante. Cambridge me abrió los ojos. Fue una experiencia extraordinaria.

Pero lo importante fue que la historia me cautivó: era justo lo que quería hacer. Al principio no tenía la sensación de que pudiera ganarme la vida con ello. De hecho, me sorprendió mucho haber entrado en Cambridge. Fui la primera persona de mi colegio en hacerlo. Durante el primer año o los dos primeros, me preguntaba qué hacía allí. Entonces, para mi sorpresa, saqué la segunda nota más alta de la universidad. Fue entonces,

cuando me di cuenta de que podía ser historiador; no tenía por qué irme a ser banquero u obispo.

Así que te quedaste en Cambridge para realizar estudios de posgrado. Tengo aquí una pregunta doble. En primer lugar, dices que tu orientación hacia la historia moderna se debió, en parte, a la política moderna. ¿Cómo te llevó esto al tema de la Segunda Guerra Mundial y, más concretamente, a la industria aeronáutica alemana como tema de tu tesis doctoral? Y, en segundo lugar, ¿dónde y cómo adquiriste tu dominio del alemán y del resto de los idiomas que conoces?

Le debo tanto mi decisión de investigar sobre la economía nazi como el aprendizaje de la lengua alemana a mi director de investigación, Norman Stone, entonces profesor en Gonville and Caius College. No se me daban muy bien los idiomas y el alemán me resultó realmente complicado, a lo que no ayudaba que Norman, un políglota fluido, me recordara lo mal que lo hacía. La elección de la industria aeronáutica alemana como puerta de entrada a la economía de Alemania fue el resultado de una visita al Imperial War Museum, donde la directora del archivo, Angela Raspin, me dijo que se trataba de un tema en el que nadie había trabajado y que casi todos los archivos se conservaban en el museo (para ser devueltos posteriormente a Alemania). Así que, en un principio, fue más el azar que una idea firme propia lo que me llevó a este tema.

Tu gran sensibilidad hacia los procesos materiales y organizativos de la producción industrial –la carga económica que supone fabricar decenas de miles de tanques, aviones y acorazados durante un año tras otro– ha sido fundamental en tu investigación. Has mencionado que tu padre era ingeniero, ¿tu percepción de la forma de trabajar de tu padre influyó en tu enfoque?

En absoluto. Era un hombre muy práctico y le frustraba mi falta de habilidades prácticas. Nunca hablé con él de mi investigación, entre otras cosas porque a mis padres no les gustaba que hubiera elegido trabajar sobre el enemigo alemán al que ambos se habían enfrentado durante la guerra.

¿Qué profesores de Cambridge te causaron mayor impresión?

Debo decir que la gran mayoría de los historiadores especializados en la historia moderna, que trabajaban en Cambridge a mediados de la década de 1960 no me impresionaron demasiado. Norman Stone fue, con diferencia, el más importante. Me gustaban su irreverencia, su capacidad

para resumir una cuestión histórica compleja en unas pocas frases concisas, su estilo de vida poco convencional. Nos distanciamos por su apoyo a Margaret Thatcher, algo de lo que me arrepiento mucho. Entre los profesores, los historiadores del imperio británico Jack Gallagher y Ronald Hyam me parecieron los más estimulantes, siendo la «expansión de Europa» mi asignatura favorita. También le debo mucho a Neil McKendrick, quien me enseñó cómo escribir una argumentación eficaz.

¿Es correcto pensar que tu primer libro breve, William Morris, *publicado en 1976 sobre el fabricante de automóviles, que luego se convertiría en Lord Nuffield, y escrito cuando tenías veintitantos años, derivó de una tesis de posgrado?*[2]*. ¿Qué te atrajo de él como tema de investigación? El libro cuenta con una larga introducción de McKendrick, que era el director de tu College. ¿Influyó él en el tema?*

Fue idea exclusiva de McKendrick. Mi doctorado versaba sobre la producción aeronáutica alemana durante la Segunda Guerra Mundial y me estaba preparando para publicar sobre ese tema. McKendrick había sido contratado por Europa Publications, en Londres, para editar una serie sobre las vidas de grandes empresarios. Sabía que yo había estado trabajando sobre la industria automovilística alemana de la década de 1930 y me preguntó si quería encargarme de Morris. No tenía motivos para negarme, porque no interrumpía demasiado mi trabajo. Pero fue idea suya. Intenté investigar en los archivos de la empresa Morris, pero allí no había casi nada: los documentos habían sido destruidos por la British Motor Corporation en la década de 1960. McKendrick escribió entonces una introducción muy extensa. La serie produjo tres libros, creo, antes de desaparecer. Así que *William Morris* fue algo fortuito. En lo que realmente estaba trabajando era en la fuerza aérea de Alemania y en la producción aeronáutica alemana durante la Segunda Guerra Mundial.

Este fue el tema de tu segunda obra, The Air War, 1939-1945, *que se publicó en 1980*[3]*. La novedad del libro radicaba en su exhaustiva metodología y su amplio alcance comparativos, que abarcaba la estructura y la estrategia de la fuerza aérea alemana en relación con las demás ramas del ejército, así como la movilización industrial para la producción de aviones en Japón, Alemania, Italia, Rusia, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Desde entonces el libro se ha considerado un clásico. Eras todavía muy joven cuando*

[2] Richard Overy, *William Morris, Viscount Nuffield*, Londres, 1976.
[3] Richard Overy, *The Air War, 1939-1945*, Londres, 1980.

se publicó, porque no habías cumplido los treinta y dos años. ¿Qué inspiró su ambicioso alcance?

Ahora lo recuerdo y me hago esa pregunta. Llevaba tiempo trabajando sobre la producción aeronáutica alemana, pero también había dedicado mucho tiempo a leer sobre el poder aéreo en general. En aquel momento no existía ningún libro general sobre la guerra aérea en la Segunda Guerra Mundial, lo que me pareció una laguna curiosa. Empezaba a aparecer suficiente material como para escribir una historia comparativa adecuada. No se basa en archivos; usé archivos para el libro, pero no se basa en ellos. Stein and Day lo publicó en varios formatos y vendió decenas de miles de ejemplares. La editorial quebró a mediados de la década de 1980, así que no saqué mucho dinero de ello, pero el libro sigue reimprimiéndose. Al igual que con gran parte de mi obra temprana, me sorprendía el impacto que tenía. En retrospectiva, me sorprende haber conseguido escribirlo. Mi primer matrimonio se había roto y estaba criando solo a tres hijos pequeños. No tengo ni idea de dónde saqué el tiempo necesario para escribirlo. Ha envejecido, por supuesto, y mis propias opiniones han evolucionado, pero nunca he querido hacer una nueva edición. Se mantiene tal cual, como un libro de su época.

¿Dónde te habrías situado dentro del espectro político británico en aquella época, a finales de las décadas de 1970 y durante la de 1980? ¿Y ha cambiado esa ubicación de alguna manera a lo largo de los años?

Era miembro activo del Partido Laborista e hice campaña en Cambridge como candidato al ayuntamiento durante varios años, aunque, por desgracia, en distritos bastante dominados por los conservadores. Me identificaba mucho con el Partido Laborista de Kinnock y mantuve ese compromiso hasta el final, hasta el gobierno de Blair. Al igual que muchos otros laboristas de la vieja escuela, me costó mucho aceptar el Nuevo Laborismo. La guerra de Iraq también me pareció inaceptable. Así que renuncié a mi militancia y no he vuelto a afiliarme al Partido Laborista desde entonces, aunque, evidentemente, si pudiera elegir, preferiría que el Partido Laborista estuviera en el poder antes que cualquier otro.

En el libro de 1984 que coescribiste con Peter Pagnamenta, All Our Working Lives[4]*, que es una historia oral sobre el mundo del trabajo británico desde la Primera Guerra Mundial, y en la serie de televisión de diez episodios que lo*

[4] Richard Overy, *All Our Working Lives*, Londres, 1984.

acompañó, reflexionabas sobre las razones por las que el crecimiento británico se había quedado tan rezagado respecto al de Alemania Occidental, Japón y Francia desde la década de 1950, una cuestión política muy candente en aquel momento, cuando Thatcher estaba recién llegada al poder. ¿Cuál fue tu respuesta entonces? ¿La mantendrías a día de hoy?

Se trataba de un libro sobre la evolución de las vidas de los trabajadores y trabajadoras a lo largo del siglo XX, más que sobre el conjunto de la economía. Pero el trasfondo era, efectivamente, el rápido declive de sectores industriales clave de Gran Bretaña –el carbón, el acero, la construcción naval e incluso la automoción–, que provocó la crisis económica de la década de 1970. El declive era, por supuesto, relativo. Otros países se estaban recuperando todavía del desastre de la guerra. Pero había problemas evidentes: una clase empresarial demasiado segura del predominio continuado de Gran Bretaña y demasiado alejada de la clase trabajadora a la que empleaba, sindicatos con intereses creados en mantener determinadas prácticas laborales y ralentizar el crecimiento de la productividad y un sistema comercial sin preparación para el nivel de competencia planteado por el resto de economías industriales. No me gustaba Thatcher, pero no puede negarse que puso un petardo bajo el sistema económico, que hizo que funcionara con mayor eficacia.

All Our Working Lives *fue la primera de varias series de televisión en las que has participado. ¿Cuál ha sido tu experiencia como historiador al trabajar con diversas cadenas de televisión en estos proyectos? ¿Tienes una opinión general sobre las ventajas de que los académicos lleguen a un público más amplio a través de lo que Stuart Hall denominó las artes populares? ¿O alguna precaución sobre los problemas que ello conlleva?*

He trabajado en numerosos proyectos televisivos o he sido entrevistado para documentales. Ha sido una experiencia variada. *Road to War* (1989) se convirtió en algunos momentos en una auténtica batalla para conseguir que los productores aceptaran nuevas formas de abordar una narrativa ya conocida. Esto ha sido así en otras ocasiones en las que había que cuestionar mitos, pues los productores están muy familiarizados con ellos. Por otro lado, he encontrado a algunos productores y guionistas muy interesados en aprender de las últimas investigaciones e integrarlas en sus programas. Si tuviera que dar un consejo a otros historiadores, sería que se mantuvieran firmes y no se dejaran convencer de que los espectadores quieren una trama sencilla.

¿Qué te motivó a trasladarte al King's College de Londres en 1980? ¿Cómo era la vida intelectual y académica allí en comparación con Cambridge?

La respuesta a esta pregunta es sencilla. Me dijeron que no me renovarían mi puesto de profesor adjunto en Cambridge, porque la facultad consideraba, que no había tenido suficiente impacto en mis primeros cinco años como docente. Solicité el puesto en el King's College y lo conseguí. Me quedé allí 25 años y disfruté de estar en Londres, en un amplio entorno intelectual y cultural. Creo que, si me hubiera quedado en Cambridge, habría producido mucho menos.

En la década de 1980 gran parte de tu obra se centró en el ciclo económico de la crisis alemana de entreguerras y en la recuperación posterior a 1933, interpretados convencionalmente como las condiciones explicativas del ciclo político –el ascenso al poder de Hitler y la consolidación de su dictadura–, así como del trasfondo del esfuerzo bélico nazi. En tu concisa obra de 1982, The nazi Economic Recovery*, destacaste la fragilidad del retorno al crecimiento basado en la deuda de finales de la década de 1920 tras la calamitosa pérdida por parte de Alemania de sus regiones industriales y mineras –Alsacia-Lorena, Sarre, Silesia– como consecuencia del Tratado de Versalles de 1919, junto con la confiscación de su flota mercante y la enorme factura de las reparaciones; a lo que siguió la aniquilación de los ahorros alemanes con la inflación de 1923*[5]*. De ahí la gravedad de la crisis de 1929-1932, especialmente para los trabajadores autónomos, las pequeñas empresas y los pequeños agricultores, que se vio agravada por las medidas deflacionistas de Brüning. Destacaste que la recuperación alemana desde el punto más bajo de 1932 afectó en primer lugar a las industrias civiles y a las infraestructuras. El giro hacia la producción armamentísticas se produjo principalmente a partir de 1936 e incluso entonces fue más lento de lo que a menudo se cree. Como resultado, la economía alemana seguía estando en gran medida mal preparada para la guerra en 1939; la industria armamentística no se puso en marcha a pleno rendimiento hasta 1942, cuando Speer sustituyó a Göring al frente del Ministerio de Armamento y Producción de Guerra. Cuando recopilaste tus artículos de las décadas de 1970 y 1980 sobre estos temas en* War and Economy in the Third Reich[6]*, señalaste en el prefacio que, a lo largo de veinte años, habías cambiado de opinión sobre muchas cosas y que ahora te sonrojabas ante algunas de las premisas acríticas de tus primeros trabajos. ¿A qué cambios te referías?*

---

[5] Richard Overy, *The Nazi Economic Recovery, 1932-1938*, Londres, 1992.
[6] Richard Overy, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.

Hay dos cosas de las que debo hablar. La primera es que en mis primeros trabajos simplemente me tragué la visión de la «economía de la *Blitzkrieg*», memorablemente expuesta por Alan Milward: la idea de que Hitler no quería correr el riesgo de poner la economía alemana en pie de guerra a gran escala entre 1936 y 1941 y que, en su lugar, implementó una estrategia de episodios de guerra breves e intensos, que no supusieran una carga excesiva para la producción civil[7]. Todo el mundo daba por sentado –y esta era también la hipótesis del *Strategic Bombing Survey* estadounidense, que es una fuente clave de información– que Alemania no decidió reorientar su economía hacia la «guerra total» hasta 1942-1943. El trabajo que había realizado sobre la fuerza aérea alemana y la producción de aviones sugería un panorama más complejo. El mismo año en que se publicó *The Nazi Economic Recovery*, publiqué un artículo en la *Economic History Review* que era, en efecto, un torpedo dirigido contra la ortodoxia de la «economía de la *Blitzkrieg*» en el que argumentaba que Alemania se había estado preparando mucho antes para la guerra y que lo había hecho para librar una guerra total, pero que las cosas no habían salido como se esperaba[8]. El plan de Hitler consistía, en primer lugar, en consolidar el núcleo del nuevo imperio, sometiendo la mayor parte de Austria, Checoslovaquia y Polonia al dominio alemán sin involucrarse en una guerra a gran escala, dado que Francia y Gran Bretaña no tenían intereses reales en Europa Central, para luego utilizar esta infraestructura militar y económica ampliada en la siguiente etapa, cuyo fin consistía en lanzar la guerra total destinada a establecer la supremacía alemana, que él preveía iniciar a mediados de la década de 1940. En 1936 se encargó a Göring la reorientación de la economía de cara a esta guerra posterior, lo cual incluía planes para una acumulación masiva de infraestructura industrial, que debía sentar las bases de la producción armamentística para la guerra total, pero esta apenas estaba despegando, cuando Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Alemania en 1939, lo cual sumió en la confusión la estrategia a largo plazo.

Hitler tenía una comprensión limitada de las realidades económicas, pero su estilo de gobierno también implicaba que sus subordinados le desinformaran sistemáticamente, ya que se sentían obligados a pintarle un panorama espléndido. Los verdaderos problemas radicaban en el desajuste entre las ambiciones de Hitler, lo que él quería que hiciera la

[7] Alan Milward, *The German Economy at War*, Londres, 1965.
[8] R. J. Overy, «Hitler's War and the German Economy: A Reinterpretation», en R. J. Overy, *War and Economy in the Third Reich*, cit.

economía, y la reticencia de los industriales alemanes a frenar la recuperación del consumo interno y del comercio para pasar a la producción militar, a lo que se añadía el control del ejército sobre las especificaciones y el diseño de los productos, que otorgaba prioridad a las armas especializadas y de alta calidad –algo que volvemos a ver hoy en día– y privilegiaba la producción de carácter artesanal desde el punto de vista de su fabricación frente a la producción en masa. Ello inhibió la capacidad de la industria alemana para fabricar a gran escala, de modo que en 1941 Alemania producía menos que Gran Bretaña, lo cual era absurdo, dado el tamaño de su economía y su acceso a los recursos de Europa Central. Así que cambié radicalmente de opinión al respecto. Los historiadores alemanes posteriores han aceptado, que hubo una gran preparación previa –pensando en la guerra total y planificando la movilización industrial–, pero que gran parte de ella salió mal. Alemania produjo por debajo de lo previsto en los primeros años de la guerra y solo se organizó, cuando ya estaba bajo el impacto de los bombardeos aliados.

El segundo cambio me hace sentir culpable. En *The Nazi Economic Recovery* y en mis primeros trabajos, no dije nada sobre el expolio sistemático de la población judía alemana. Sin embargo, esta fue una característica de la economía: la «arianización», la incautación, a menudo por la fuerza, de divisas, oro y plata y en 1939 la expropiación prácticamente total de los activos judíos. No es la parte central de la historia, pero sin duda forma parte de ella. Crecí en la década de 1960 sin pensar realmente en el Holocausto ni en las víctimas judías de la política económica alemana. Mirando atrás, lo escribiría de otra manera e incluiría esa dimensión. Lo sorprendente es que en mi propia formación en Cambridge, donde estudié la Europa moderna hasta la Segunda Guerra Mundial y lo sucedido después de ella, ni siquiera se mencionara el Holocausto. Retrospectivamente, me parece de veras extraordinario, pero concuerda con lo que ocurrió en otros lugares, también en Alemania. En Estados Unidos no se habló mucho del Holocausto hasta las décadas de 1970 y 1980. No es difícil comprender por qué ocurrió esto: la gente tenía otras prioridades. Pero es algo que deberíamos haber analizado y reflexionado más. Compensé en parte esta omisión impartiendo la conferencia anual en la Universidad de Glasgow en 2005 sobre la economía de Hitler y la expropiación de los judíos.

Además de este trabajo más general sobre la historia económica alemana, escribiste un retrato muy perfilado de Göring[9]*. Volverías al tema del*

[9] Richard Overy, *Goering: Hitler's Iron Knight*, Londres, 2012.

Reichsmarschall *en* Interrogations: Inside the Minds of the Nazi Elite*, tu estudio sobre la elite nazi bajo custodia aliada antes de los juicios de Nuremberg*[10]*. ¿En qué momento encontraste los materiales que utilizaste para este libro? ¿Ya tenías acceso a ellos mientras escribías* Göring: Hitler's Iron Knight?

La dificultad radicaba en que, al igual que con muchos altos cargos nazis, había sorprendentemente poco material de archivo personal respecto a Göring. Me basé en gran medida en la extensa documentación generada por sus funciones institucionales como jefe del Plan Cuatrienal, de la Luftwaffe, etcétera. En cuanto a Göring como persona, me hice una idea mucho más clara de él a partir de las grabaciones de los interrogatorios en Nuremberg, donde dio su opinión sobre una amplia gama de temas: habló mucho de su interés por el arte y de lo que eso significaba para él; también se sinceró sobre los inconvenientes de su liderazgo al frente de la Luftwaffe. No había visto ese material cuando escribí la biografía, que se basa mucho más en fuentes de origen alemán. Pero era un hombre interesante. No me parece interesante Hitler, pero Göring sí lo era. En otras circunstancias, podría haber tenido más éxito. Era alguien que seguía a Hitler, estaba de acuerdo con gran parte de lo que sucedía y, por supuesto, compartía la habitual hostilidad nazi hacia el marxismo. Pero hay un lado más interesante en él. En 2018 me invitaron a participar en una serie de televisión, *Circle of Evil*, en la que me pidieron que me pusiera en su lugar y dijera lo que creía que él pensaba realmente, lo cual resultó una tarea imposible.

Pasando a una obra que destaca del resto de tu producción: The Morbid Age: Britain Between the Wars*, que aborda el clima cultural de la Gran Bretaña de entreguerras, ofrece un amplio panorama de los presentimientos de desastre en un país que se libró en gran medida de las convulsiones que habían afectado a gran parte de la Europa continental*[11]*. Reúnes testimonios de escritores, que se expresan sobre cuestiones de economía, política, eugenesia, psicoanálisis, guerra y distopía: Toynbee, Julian y Aldous Huxley, Hobson, Ernest Jones, Gilbert Murray y H. G. Wells, entre otros. También citas los recuerdos de Eric Hobsbawm sobre Cambridge en 1939. En su reseña, aunque elogia el ingenio, la lucidez y la erudición del libro, Hobsbawm te criticó por ser demasiado intelectualista en el sentido de que te centrabas en una minoría pequeña y culta y descuidabas a la mayoría de la población, que no leía tales*

[10] Richard Overy, *Interrogations: Inside the Minds of the Nazi Elite*, Londres, 2001; ed. cast.: *Interrogatorios: El Tercer Reich en el banquillo*, Barcelona, 2003.
[11] Richard Overy, *The Morbid Age: Britain between the Wars*, Londres, 2009.

obras y a la que, en gran medida, no le afectaban las preocupaciones de la elite intelectual. ¿Qué te pareció esa objeción?

Esperaba que Hobsbawm dijera eso. También esperaba que dijera que debería haber hablado más sobre la cuestión de clase. Creo que es una crítica un poco injusta, porque dediqué gran parte del libro a explicar cómo estas ideas se difundían de forma mucho más amplia. La mayoría de los británicos en la década de 1930 pertenecía a la clase trabajadora. Gran parte del movimiento pacifista era de clase trabajadora y muchas de las preocupaciones expresadas en las reuniones populares eran preocupaciones expresadas por personas británicas de clase trabajadora. *The Morbid Age: Britain between the Wars* intentó mostrar que se trataba de ideas generadas por una intelectualidad inquieta, pero que también podían difundirse más ampliamente. Creo que Hobsbawm malinterpretó esto o lo subestimó. Es evidente que le gustó el libro, porque él es, en cierto sentido, una de las figuras que este describe. Analizar la forma en que se expresan y difunden las inquietudes de la intelectualidad es algo sobre lo que también podría reflexionarse en el siglo XXI. Pero en el libro hay mucha más gente corriente de lo que Hobsbawm estaba dispuesto a admitir. El debate político gira en torno a los partidarios del Partido Laborista y lo que les sucedió durante la década de 1930. Trata también del anticomunismo popular, no solo del anticomunismo de la elite.

Disfruté enormemente escribiendo ese libro. La intelectualidad en cuestión era un grupo bastante singular y a menudo excéntrico, muy inglés en la mayoría de los casos. Disfruté revisando sus archivos –casi todos personales y muy bien conservados– y desenterrando las raíces de lo que pensaban y de por qué pensaban así. La gente lo cita ahora como prueba de las ansiedades acumuladas, que se desarrollaron en las democracias durante las décadas de 1920 y 1930, pero aunque, como dices, esta gente no se había visto afectada por revoluciones, guerras civiles, represión o dictaduras, podía permitirse no obstante el lujo de sentirse inquietos. Escribir sobre la Segunda Guerra Mundial suele ser estimulante, más que agradable; así que *The Morbid Age: Britain between the Wars Age* fue diferente.

¿Puedo preguntarte entonces qué te atrajo de la historia militar, aunque trabajes principalmente en los aspectos económicos de la guerra? Normalmente, la mayoría de los historiadores militares ha tenido alguna experiencia personal de la guerra o bien tiene un temperamento de corte marcial, aspectos que de ninguna manera te atañen. Más allá de tu trabajo sobre la guerra del siglo XX,

también has publicado algunas metarreflexiones sobre el militarismo[12]*. ¿A qué impulso o motivo subyacente atribuirías este compromiso de larga data?*

Es cierto que no he tenido ninguna experiencia militar, ni nunca he deseado formar parte de las fuerzas armadas. Me habría resultado difícil lidiar con la disciplina y la rutina militares. Pero sí encuentro fascinante la historia de la guerra por razones, que ni yo mismo tengo del todo claras. ¡Es muy posible que bajo mi personalidad tan poco militar se esconda un deseo de participar de forma vicaria en los conflictos sobre los que escribo! Pero también es cierto que la guerra impulsa la historia y me gusta el drama y la incertidumbre, así como la complejidad explicativa, asociados a ella.

La mayor parte de tu obra se centra en los orígenes, el desarrollo y las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, publicaste cuatro libros sobre el primer tema[13]*. ¿Qué te impulsó a escribirlos?*

The Origins of the Second World War y *The Inter-War Crisis* fueron encargados por Longman como estudios para seminarios, dirigidos a profesores y estudiantes. *Countdown to War*, una narración del año 1939, fue propuesta por Penguin para 2009, porque querían un libro para su septuagésimo aniversario. El origen de *The Road to War* fue más interesante, porque fue un libro que concebí yo mismo a mediados de la década de 1980, pensando que necesitábamos desentrañar la historia en lugar de centrarlo todo en Hitler, como sucede en la mayoría de las historias sobre los orígenes de la Segunda Guerra Mundial. Lo planifiqué como un libro con siete capítulos centrales, uno para cada uno de los principales beligerantes: Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia, la Unión Soviética, Japón y Estados Unidos. El objetivo era examinar el camino que llevó a cada uno de estos países a la guerra, reconociendo que cada uno de ellos tenía sus propios intereses que proteger y teniendo en cuenta la tesis de A. J. P. Taylor de que se trataba de una guerra

[12] Richard Overy, *A History of War in One Hundred Battles*, Londres, 2014; y *Why War?*, Londres, 2024; ed. cast.: ¿Por *qué la guerra?*, Barcelona, 2025.
[13] Tres obras más breves –*The Origins of the Second World War*, Londres, 1987; *The Inter-War Crisis 1919-1939*, Londres, 1994; *1939: Countdown to War*, Londres, 2009– que flanquean el análisis de referencia escrito en colaboración con Andrew Wheatcroft, *The Road to War*, Londres, 1989; ed. cast: *El camino hacia la guerra: La crisis de 1919-1939 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, 2009.

declarada por Gran Bretaña y Francia, por lo que necesitábamos comprender lo que hacían Londres y París, y no solo lo que hacía Berlín.

En The Road to War*, señalas que la de Taylor fue la única gran impugnación de la visión tradicional de la Segunda Guerra Mundial –tanto popular como académica– como una fábula moral sobre el bien y el mal personificado por Hitler. En tu opinión, Taylor planteó preguntas incómodas al respecto y aunque* The Road to War *planteaba preguntas diferentes, tú esperabas que resultaran igualmente incómodas. En lugar de «normalizar a Hitler», como se acusaba a Taylor de hacer, ¿sería acertado pensar que tu principal desafío a la visión consensuada de la guerra en esta etapa consistía en identificar sus causas subyacentes en el desequilibrio entre la estructura del sistema internacional diseñado en Versalles y el equilibrio real que se había desarrollado entre las potencias?*

No tenía ningún deseo de normalizar a Hitler, a quien no se puede normalizar. En ese sentido, el suyo fue un caso único. Tenemos que entender qué le impulsaba, cómo reaccionaba ante las situaciones, siendo un político mucho más reactivo de lo que la gente suele pensar. Pero en *The Road to War* y en mi obra posterior, sí quise poner de relieve la enorme complejidad del orden imperial global y la magnitud de su crisis, de la que Hitler fue un síntoma, no necesariamente una causa. Esa es la tesis que desarrollé a lo largo de todo el proceso, de *The Road to War* a *Blood and Ruins*, en 2021. Lo importante es comprender qué provocó esta crisis. En 1987 todavía no tenía una visión lo suficientemente clara. Hablé mucho de la crisis del imperialismo como un problema mundial y de las consecuencias que esto tenía para Gran Bretaña y Francia en particular, una tesis que más tarde desarrollé en su totalidad.

En la nueva edición de The Origins of the Second World War*, cuestionas la imagen de unas democracias occidentales ingenuas, que intentaban en vano defender el pacto de la Sociedad de Naciones*[14]*. La decisión británica y francesa de ofrecer garantías a Polonia en marzo de 1939, y la declaración de guerra que se derivó de ello, se tomaron para evitar la desestabilización de sus propias posiciones imperiales globales. Ni Gran Bretaña ni Francia tenían mucho interés en Polonia ni ninguna intención real de defenderla; Gran Bretaña siempre había dado por sentado que Polonia caería en la órbita alemana: Varsovia había apoyado la postura alemana en Múnich y había llevado a cabo su propia incursión en Checoslovaquia. El imperialismo alemán en Europa del Este era necesario para Hitler, pero representaba una*

[14] R. Overy, *The Origins of the Second World War*, quinta edición, Abingdon, 2022.

amenaza demasiado grande para los imperios británico y francés como para que estos lo aceptaran. En ese sentido, ¿cómo compararías el estallido de la guerra en Europa en 1939 con el de 1914? ¿Estarías de acuerdo en que hay fuertes continuidades?

Creo que es difícil comparar 1914 y 1939. Existe una analogía superficial en el sentido de que un Estado pequeño –Serbia o Polonia– fue acosado por uno grande y que los demás Estados intervinieron a continuación. Pero la crisis más amplia del orden imperial mundial aún no había surgido en 1914; la verdadera crisis entonces era la de los antiguos imperios dinásticos de Europa del Este y los Balcanes –el otomano, el ruso, y el austriaco– que arrastraron a los demás Estados a la guerra. En la década de 1930, la situación era muy diferente. Ahora había un gran número de Estados-nación independientes en Europa y un Estado, Alemania, que clamaba venganza, que quería hallarse en condiciones de establecer su propio imperio y, en el caso de Hitler, no quería que Londres ni París le dijeran constantemente lo que tenía que hacer. Hitler consideró que los británicos y los franceses no harían realmente gran cosa, en parte porque estaban preocupados por sus propios imperios, pero también porque, ¿qué podían hacer en Europa del Este? Nada, como se comprobó posteriormente. Así que corrió ese riesgo.

Una cosa que quería destacar en la nueva edición de *The Origins of the Second World War* era que la política británica y francesa, en particular la británica, no consistió en un apaciguamiento pusilánime. «Apaciguamiento» es una palabra de moda que se utiliza sin cesar sin mucha comprensión crítica. Los británicos y los franceses se enfrentaban a muchas dificultades en la década de 1930: limitaciones internas, así como la amenaza a sus lejanas colonias en Asia Oriental, Oriente Próximo y África por las ambiciones de Japón, Italia y Alemania de construir sus propios imperios de «nuevo orden». Chamberlain esperaba encontrar alguna forma de contener y disuadir a Hitler, no simplemente dándole todo lo que quisiera para mantenerlo callado, sino reintegrando a Alemania en un sistema europeo, que este el canciller alemán no necesitara desestabilizar. Y si llegara a desestabilizarlo, Gran Bretaña y Francia estarían lo suficientemente armadas como para disuadirlo.

Se trataba de un planteamiento mucho más complejo de la cuestión. Se puso a prueba en 1938, pero en la mente de Chamberlain el objetivo de la aceptación de la anexión de los Sudetes en Múnich era impedir

que Hitler entrara en guerra. La mayoría de la gente solo considera a Chamberlain como alguien desprovisto de carácter, que simplemente cedió esto y aquello, en lugar de comprender su intento de garantizar que Hitler no entrara en guerra. Y Hitler no entró en guerra. Estaba muy molesto por lo ocurrido en Múnich, pero a pesar de todo 1939 estaba decidido a seguir adelante con su política, porque pensaba que los británicos y los franceses carecían de la voluntad de librar una guerra de verdad. Fue Hitler quien sacó la interpretación errónea de Múnich, no Chamberlain y Daladier. Chamberlain sabía que los riesgos eran grandes y difíciles de controlar, así como que en la siguiente crisis importante tendrían que plantarse, como de hecho hicieron. Defender esa postura respecto a la década de 1930, incluso decir algo razonablemente positivo sobre la geopolítica de Chamberlain, sigue provocando una avalancha de críticas. La opinión anglo-estadounidense predominante es que Gran Bretaña y Francia deberían haber entrado en guerra en 1936 o en 1938. Nada de eso tiene sentido desde el punto de vista histórico. Debo decir que los historiadores en Alemania adoptan una visión mucho más matizada.

¿Se debe ello en parte a que el propio Hitler, al recordar 1938, creía que había sido él quien había cometido el error del apaciguamiento, que los británicos le habían engañado para que no entrara en guerra? Esa diferencia de perspectiva parece especialmente significativa a la luz de la forma en que la analogía de Múnich, al menos en el mundo anglosajón, se utiliza sin cesar en la refriega política.

Sí, Hitler se arrepintió de Múnich y lo dijo en varias ocasiones. ¿Por qué cedió? Este es un ejemplo de la personalidad de Hitler en los asuntos internacionales. Era reactivo, a menudo bastante nervioso e indeciso, nunca estaba del todo seguro de qué rumbo tomar, pero una vez que finalmente se decidía, seguía adelante. Llevaría a cabo su invasión de Polonia. Quería una guerra. Mussolini había tenido una guerra, los japoneses también, de hecho, todavía estaban librando una. Hitler quería una guerra y no creía que los británicos y los franceses fueran a oponerse a él. Ese fue el error de cálculo, por supuesto, que finalmente provocó la guerra mundial en 1939, una guerra para la que Alemania aún no estaba preparada. Alemania se había estado preparando a fondo, pero aún no estaba lista para enfrentarse al resto del mundo. Al final lo hizo, en gran medida, gracias a las extraordinarias habilidades de combate de las fuerzas armadas alemanas.

El momento en que comenzó realmente la Segunda Guerra Mundial es una cuestión más abierta hoy de lo que lo era antes. Has argumentado que la cronología convencional de 1939-1945 ya no es defendible, si aceptamos que se trató efectivamente de una guerra mundial. La historia de la guerra en Asia sugiere una cronología diferente: la invasión japonesa de Manchuria en 1931 inició un conflicto que continuaría ininterrumpidamente hasta 1945. Solo en el primer año, Japón conquistó un territorio, cuyo tamaño equivalía aproximadamente al de Europa Occidental. En 1936 Tokio ordenó una campaña en la totalidad del norte de China. Al año siguiente Chiang Kai-shek declaró formalmente la guerra a Japón. En 1938 medio millón de personas murieron a causa de la inundación deliberada del valle del río Amarillo por parte de su ejército para bloquear el avance japonés. ¿Cuánto pesaron estos acontecimientos trascendentales en la mente de los líderes de las grandes potencias no situados en Asia?

Todavía hay mucho debate sobre la larga Segunda Guerra Mundial. Feché *Blood and Ruins* desde 1931 deliberadamente, porque quería mostrar que estamos hablando de un periodo de violencia e inestabilidad global, que se prolongó durante más de una década. De hecho, si se cuenta la Primera Guerra Mundial, estamos hablando de la Guerra de los Treinta Años del siglo XX. Lo fundamental para mí es el carácter de un orden mundial dominado por imperios coloniales. Desde el siglo XIX las potencias europeas habían utilizado su poder económico y militar para expandirse hacia África, Oriente Próximo y Asia, creando al hilo de esta expansión zonas de inestabilidad y potenciales crisis. Gran Bretaña y Francia ya eran grandes potencias imperiales, siendo Gran Bretaña supuestamente la potencia hegemónica mundial, pero durante el periodo de entreguerras ambas carecían tanto de los medios como de la voluntad para imponer ese poder de la forma en que lo hace hoy Estados Unidos. Intentaron desesperadamente a lo largo de las décadas de 1920 y 1930 mantener en pie todo el edificio colonial, pero este no se mantuvo.

Alemania, Japón e Italia, por su parte, llegaron a la conclusión de que poseer un imperio les convertiría en grandes potencias, al lado de Gran Bretaña y Francia; incluso los holandeses y los belgas tenían posesiones imperiales. Un imperio daría a sus respectivos pueblos el lugar donde establecerse y les permitiría extraer recursos y construir un bloque económico para protegerse de la próxima crisis económica. Así que durante el periodo de entreguerras se dispusieron, uno tras otro, a crear imperios territoriales como los de finales del siglo XIX; pero, por supuesto, en la década de 1930 esto significaba optar por atacar a Estados soberanos,

miembros de la Sociedad de Naciones como en el caso del ataque de Japón a China. Pero Alemania, Japón e Italia contemplaban estos lugares como espacio colonial; si iban a tener un imperio territorial, ahí es donde estaría situado. Por eso debemos situar los orígenes de la Segunda Guerra Mundial a finales de la década de 1920 y principios de la de 1930. Gran parte del proceso se desencadenó por la crisis económica mundial.

En ese momento, los imperios globales existentes, Gran Bretaña y Francia, se enfrentaban a una elección. ¿Deberían decir, sí, de acuerdo, tenemos imperios, por qué no ibais a tenerlos vosotros también? Londres y París avanzaron bastante por ese camino, hasta que se dieron cuenta de que sus propios imperios no sobrevivirían, si ello continuaba. Alemania era el mayor peligro, así que lucharían primero contra Alemania. Casi entraron en guerra con Italia por la anexión de Abisinia en 1935, y Gran Bretaña y Japón estuvieron a punto de llegar a las manos en 1938 y 1939. Lo evitaron, pero en 1939 Francia y Gran Bretaña sí se enfrentaron a Alemania, y la larga Segunda Guerra Mundial se prolongó mucho más allá de 1945 a medida que los imperios coloniales se desmoronaban en la violencia de finales de las décadas de 1940 y de la de 1950. Nos hemos quedado atrapados en una narrativa tradicional, en gran medida eurocéntrica, con la cronología de 1939-1945. Necesitamos romper ese paradigma y replantearnos la crisis imperial global.

¿Ha*s tenido en cuenta alguna vez la obra de dos escritores de izquierda, que abordan temas que te interesan,* The Persistence of the Old Regime*, de Arno Mayer, y* The Meaning of the Second World War*, de Ernest Mandel?*[15]*. Si dejamos de lado las diferencias de método y perspectiva, parece haber cierta proximidad entre la esencia de estos estudios y la tuya. ¿Ves algún paralelismo ahí?*

Con Mandel, sí. Leí su *The Meaning of the Second World War* en su momento y quizá debería haberlo citado o haber hecho referencia a él más de lo que lo he hecho, porque, en efecto, tenemos algo en común. Durante mucho tiempo, las teorías imperialistas sobre la Primera y la Segunda Guerra Mundial se han considerado marxismo convencional. Todo eso era cosa de Lenin y los historiadores occidentales se mostraban

[15] Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, Londres, 1981 [ed. cast.: *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1994]; Ernest Mandel, *The Meaning of the Second World War*, Londres, 1986; ed. cast.: *El significado de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, 2015.

reacios a adoptarlo precisamente por esa razón. Yo no me muestro reacio a adoptarlo, porque no hace falta ser marxista para argumentar que el imperialismo global desempeñó un papel fundamental desde finales del siglo XIX en adelante en la desestabilización del mundo y en la creación de las condiciones para el conflicto. Desde ese punto de vista, sí, la obra de Mandel respalda lo que he escrito, y quizá debería haberlo reconocido más.

Nunca me convenció del todo la concepción de Mayer sobre el antiguo régimen, en parte porque era muy similar al nuevo régimen existente en 1914. No hay duda de que los imperios dinásticos responsables del desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial eran imperios en crisis. Eran viejas elites sometidas a ataque y conscientes de que sus días estaban contados. Quizá se pueda contemplar la carrera hacia la guerra en 1914 como resultado de esa ansiedad. Pero sigo pensando que gran parte de la crisis de 1914, que luego se prologaría durante las décadas de 1920 y 1930, fue impulsada no por la antigua elite aristocrática, sino por una elite mixta o, de hecho, en muchos casos, por una política populista, incubada en la Rusia bolchevique, en la Italia fascista o en Alemania, respecto a la cual las antiguas elites tenían muy poco que decir, lo cual, de hecho, acarreó su marginación. Siempre me ha resultado una tesis más difícil de aceptar. Sospecho que la mayoría de los historiadores, que escriben ahora sobre ese periodo darían su apoyo de boquilla a Mayer sin aceptarlo necesariamente.

En Europa, el frente central de la Segunda Guerra Mundial se situó entre Alemania y la Unión Soviética. En Russia's War*, fruto directo de una notable serie de documentales televisivos realizados con la colaboración de cineastas rusos, ofreciste un impresionante análisis de la fusión de la sociedad y la capacidad del Estado, que hizo posible la victoria soviética*[16]*. Siete años más tarde, en* The Dictators*, publicaste una comparación sistemática entre el régimen de Stalin y el de Hitler, basada en tu seminario de larga data impartido en el King's College London*[17]*. ¿Cómo describirías la relación entre los dos libros,* Russia's War *y* The Dictators*?*

Russia's War fue un libro escrito por encargo, que tuve que escribir a gran velocidad y con gran dificultad. Probablemente sea mi favorito

[16] Richard Overy, *Russia's War*, Londres, 1997.
[17] Richard Overy, *The Dictators: Hitler's Germany and Stalin's Russia*, Londres, 2004; ed. cast.: *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, Barcelona, 2010.

entre todos los libros, que he escrito. Quería encontrar el equilibrio entre los argumentos del papel crucial desempeñado por las fuerzas rusas en la Segunda Guerra Mundial, el tipo de sociedad que el pueblo ruso se vio obligado a defender y lo que ello le acarreó. Todavía me cuesta imaginar cómo los rusos lograron soportar las terribles presiones a las que se vieron sometidos. Al final ganaron, pero lo hicieron pagando un gran coste y, por supuesto, infligiéndoselo al enemigo.

Los dos libros son muy diferentes. *The Dictators* plantea la siguiente pregunta: ¿cómo funcionaron las dictaduras de masas del siglo XX? La de Hitler funcionó hasta que fue derrotada en la guerra; la de Stalin, hasta su muerte en 1953. ¿Cómo se las arreglaba la gente dentro de ellas? Esa era la cuestión más importante, la que más me interesaba, y libro se concibió para abordarla. Me sorprendió, en cierto sentido, la reacción académica al respecto, porque el libro no tuvo el impacto en las ciencias políticas que yo esperaba, quizá debido en parte a la existencia de líneas de estudio específicas sobre la dictadura de Stalin y sobre Hitler y a la dificultad de contrastarlas. Pero la comparación de sus funciones se mostró útil; también podría aplicarse a otras dictaduras. La conclusión interesante fue precisamente que no eran equivalentes, salvo en el sentido de que podían establecerse analogías. La guerra, cuando estalló en 1941, fue un choque entre dos sistemas extraordinarios, quizá destinados al conflicto. En aquel momento, Hitler y Stalin quizá pensaran que podían darse la mano y, de alguna manera, dominar el mundo, pero eso nunca iba a suceder. Fue un choque a una escala absolutamente colosal; ninguna otra zona de la Segunda Guerra Mundial es comparable a lo que ocurrió en el Frente Oriental.

Mi opinión sobre Stalin es que, aunque había aspectos de él que eran notables, porque no era un dictador incompetente, era un dictador que modernizó Rusia, por la fuerza, y convirtió a la Unión Soviética en una superpotencia, siempre hay que tener presente el coste que eso supuso para su pueblo. Es interesante que en la Rusia de Putin sea ahora ilegal comparar la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin. *The Dictators* se tradujo al ruso hace unos años, en dos volúmenes, así que está claro que alguien debió de decidir que, en realidad, no se trataba de una comparación, sino de un contraste y que, por lo tanto, su publicación era aceptable a tenor de la ley vigente. De lo contrario, me temo que quienes lo publicaron habrían acabado en un campo durante un año o dos.

Afortunadamente, no sucedió.

No, no sucedió.

¿Cuándo y por qué la evolución de tu pensamiento sobre la Segunda Guerra Mundial te llevó a la conclusión de que se entiende mejor como «la última guerra imperial», tal y como escribes en Blood and Ruins*? El contexto imperial de la Primera Guerra Mundial goza de una amplísima aceptación, pero es mucho menos prominente en la historiografía de la Segunda.*

Es una pregunta interesante. Se debe en gran parte a mi traslado a la Universidad de Exeter tras haber sido invitado a presentar mi candidatura para una cátedra en 2004. En el Centre for Imperial and Global History de la universidad trabaja un grupo de historiadores, que respeto mucho. Gracias a las conversaciones con ellos y a los seminarios sobre cuestiones más amplias sobre el imperio empecé a reflexionar sobre la forma en que había estado abordando la Segunda Guerra Mundial. Me llevó varios años decidir que esa era la forma más eficaz de explicar la naturaleza de la crisis global. Penguin me había encargado un relato narrativo, una versión actualizada de su tradicional historia de la Segunda Guerra Mundial. Había empezado a trabajar en ello y había escrito tres o cuatro capítulos, pero luego los rompí y volví a empezar desde cero. El resultado fue *Blood and Ruins*.

¿Hubo algún académico o área de estudio en particular que te resultara influyente en esta cuestión?

Mi colega de Exeter Martin Thomas, que inicialmente había trabajado sobre el imperialismo francés, pero que luego amplió el marco de su investigación para escribir una historia global de la descolonización, fue una gran inspiración[18]. Él lideró el renacimiento de la historia imperial en Exeter y puso en marcha allí el programa de seminarios a los cuales les debo realmente mucho. Por otra parte, la publicación en los últimos quince o veinte años de nuevos trabajos de académicos ingleses, estadounidenses y japoneses sobre la guerra en Asia ha transformado el campo, que solía ser un campo ignoto. Yo había dedicado bastante tiempo a trabajar en ello y tenía un capítulo sobre Japón y China en *The Air War*. Pero había terribles lagunas en la bibliografía; por ejemplo,

[18] Martin Thomas, *The End of Empires and a World Remade: A Global History of Decolonization*, Princeton (NJ), 2024.

no había nada sobre la economía de guerra china. Debido a la barrera lingüística, uno dependía por completo de los estudiosos chinos o japoneses, o de los estudiosos occidentales de China y Japón, para traducir este material. Y eso ocurrió en los últimos quince años. Hubo muchos otros historiadores: el trabajo de Sarah Paine sobre China y Japón realizado en el Naval War College de Estados Unidos, por ejemplo; Hans van de Ven sobre la historia militar china en Cambridge. Otra influencia importante fue Rana Mitter; leí *China's War with Japan* justo cuando estaba en pleno proceso de cambiar mis ideas sobre cómo iba a abordar *Blood and Ruins*[19]. Estos trabajos sobre la India, China y Japón significaban, que ahora se podían leer cosas que simplemente no estaban disponibles veinte años antes. No habría podido escribir *Blood and Ruins* hace quince años y mucho menos en la década de 1980.

La idea de que la Segunda Guerra Mundial fue también una guerra entre imperios, librada por el territorio y por el premio que suponía la posición mundial, es anatema para la opinión convencional, ya que socava las descripciones de la guerra como una batalla fundamentalmente de la democracia contra el fascismo. Tú nunca niegas, que también obedeciera a ello, pero la ideología que motivó la lucha de los Aliados no fue, en tu opinión, la causa histórica subyacente del conflicto. La acogida de Blood and Ruins *fue, con razón, muy positiva. Pero, ¿hasta qué punto esta recepción reconoció, o incluso entendió, sus argumentos centrales?*

Creo que sí lo hizo. En Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos he participado en numerosos seminarios, debates, podcasts y demás formatos para analizar las reacciones de la gente. Como dices, la idea de que necesitamos un marco global más amplio ya se había establecido para la Primera Guerra Mundial y ahora se está aplicando a la Segunda. Se está publicando mucho material al respecto. Desde ese punto de vista, *Blood and Ruins* llegó justo en el momento adecuado, cuando varios historiadores empezaban a argumentar que nunca entenderemos la Segunda Guerra Mundial adecuadamente, si la analizamos simplemente como una fábula moral. Ha llevado tiempo, porque esa narrativa moral de la democracia contra el fascismo, que, por supuesto, no tenía en cuenta el papel de la Unión Soviética en la derrota de Hitler, ha arraigado muy

[19] Sarah Paine, *The Wars for Asia, 1911-1949*, Cambridge, 2012; Hans van de Ven, *China at War: Triumph and Tragedy in the Emergence of the New China*, Londres, 2017; Rana Mitter, *China's War with Japan, 1937-1945: The Struggle for Survival*, Londres, 2013.

profundamente. Es difícil adivinar cómo va a cambiar esto en el imaginario popular. Pero en todos los lugares donde he presentado el libro, la gente ha estado de acuerdo en general con la forma en que hablo de ello. Algunas personas quieren que añada más sobre el imperialismo soviético, pero yo sigo insistiendo en que la Unión Soviética no era una potencia colonial, sino una potencia comunista, que quería convertir a otros pueblos en comunistas. Puede parecer lo mismo, pero hay algo muy diferente detrás.

La idea de que ambas guerras mundiales fueron luchas entre imperios implica un cierto grado de comparabilidad entre los combatientes, cada uno de los cuales, por supuesto, compartía esta valoración de sus rivales, aunque no de sí mismos. La Unión Soviética pensaba que las potencias imperialistas eran, en algunos aspectos, de la misma calaña. Las potencias occidentales solían ver al Reich y a la URSS *como dos totalitarismos gemelos. En el mundo colonial más allá de Europa, había quienes consideraban que se exageraba el contraste entre los Aliados y el Eje. ¿Sigue siendo reprensible en Europa y en el mundo anglosajón la sugerencia de que Gran Bretaña y Francia eran, en algunos aspectos, combatientes imperialistas similares a sus oponentes?*

Sí. Algunas personas me preguntaban: «¿Qué estás haciendo? ¿Estás comparando el imperialismo británico y el alemán? ¿Cómo puedes hacer eso? El imperialismo alemán era completamente diferente». Por supuesto que son diferentes y así lo reconocí en *Blood and Ruins*, pero no debemos cerrar los ojos ante el hecho de que Gran Bretaña y Francia eran potencias imperiales, que mantenían a gran parte del mundo bajo su autoridad y que después de 1945 estuvieron dispuestas a librar conflictos imperiales definitivos, ya fuera en Malasia, Argelia o Kenia, donde hicieron todo tipo de cosas que no encajan en la narrativa de la democracia contra el autoritarismo. Por otro lado, los imperios japonés y alemán fueron más feroces que el británico y el francés. Creo que *Blood and Ruins* deja claro que se trataba, en cierto sentido, de imperialismos tóxicos. Tuvieron que hacer en un periodo de tiempo muy breve lo que Gran Bretaña y Francia habían hecho a lo largo de siglos. Querían actuar con rapidez y eliminaban a cualquiera que se interpusiera en su camino. En el caso alemán, por supuesto, eso también significó eliminar a los judíos. El libro se propone distinguir entre diferentes tipos de imperio e «imperio» no significa imperio del mal, por supuesto, no más de lo que lo significaba en 1914. Espero que al alertar a la gente sobre la idea de que se trata de potencias imperiales y preguntar qué hacen las potencias

imperiales, no esté metiendo a todo el mundo en el mismo saco. Pocos historiadores que lean el libro llegarían a esa conclusión. Pero sin duda fue la crítica más importante a la que me enfrenté, cuando se publicó *Blood and Ruins*.

Ideológicamente, los imperios británico y francés compartían con sus oponentes del Eje las nociones coloniales del racismo científico. ¿Influyó esto en la formación de alianzas? Gran Bretaña y Francia parecen haber subestimado la fuerza latente de Rusia, considerándola como una sociedad no capitalista racialmente sospechosa, que había diezmado a su propio alto mando militar. En 1941 los generales alemanes creían tener asegurada la victoria frente a los medio asiáticos. En Washington la creencia generalizada en una jerarquía de razas puede haber sido un factor en la valoración de Stimson de que Alemania acabaría con la Unión Soviética en tres meses. Fuera de Europa, ¿el racismo estadounidense hacia los japoneses, tan evidente durante la guerra, llevó alguna vez a subestimar su capacidad de combate, o fue justo lo contrario?

En ambos casos, sí. La capacidad de combate soviética fue sin duda subestimada en todas partes, aunque, por supuesto, una vez que Hitler invadió la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos esperaban claramente que no ganara. La subestimaron en parte porque había muy poca información real o de inteligencia procedente de la URSS. El acceso de los corresponsales estaba estrictamente controlado. Los espías no tenían prácticamente ninguna posibilidad allí. Así que el conocimiento de la Unión Soviética se basaba en parte en los prejuicios, así como en el anticomunismo, y en la suposición de que el comunismo nunca sería capaz de organizarse contra un país como Alemania. Lo mismo ocurría en el caso de Estados Unidos y Japón. Los estadounidenses veían a los japoneses como una raza de segunda clase, racialmente inferior, y pensaban que nunca se arriesgarían a entrar en guerra contra Estados Unidos. Podrían haber aprendido de la guerra en China; podrían haber sacado conclusiones sobre la estrategia japonesa, que hacía casi inevitable un enfrentamiento con Estados Unidos, pero no lo hicieron.

Alemania subestimó la capacidad de resistencia de la Unión Soviética y Estados Unidos subestimó la capacidad japonesa para soportar cuatro años de asalto estadounidense. La explicación no radica en el hecho de que *no* fueran racialmente inferiores, lo cual es obvio, pero ello tiene muy poco que ver con su capacidad de resistencia, la cual se explica en realidad por su competencia específica en el campo de batalla, que permitió

a los soviéticos frenar el asalto alemán y a los japoneses, a costa de un gran sacrificio, contener contra todo pronóstico a los estadounidenses en su perímetro durante dos o tres años. ¿Influyó el racismo en la forma en que los alemanes trataron a los soviéticos y los estadounidenses a los japoneses? Sí, lo hizo. Los alemanes consideraban a los soviéticos bárbaros, semicivilizados, salvajes. Esto significaba que, desde el comienzo mismo del conflicto, estuvieron dispuestos a cometer atrocidades sistemáticas contra los soldados del Ejército Rojo y la población civil soviética. En el caso de Japón, una vez que quedó claro que los soldados japoneses no querían rendirse, el ejército estadounidense los mató casi hasta el último soldado. En casi todas las grandes batallas del Pacífico, la guarnición japonesa fue aniquilada. La fuerza aérea estadounidense tampoco tuvo ningún reparo en matar a un gran número de civiles.

En ambos conflictos bélicos de la «Guerra de los Treinta Años», Alemania vislumbró la victoria mediante la maniobra y sufrió la derrota por la posición. ¿Hasta qué punto comparten las dos guerras mundiales otras características estructurales de este tipo?

Esa es una buena pregunta. Existen analogías estructurales. La más obvia, por supuesto, es el papel del poder naval. Gran Bretaña fue una gran potencia naval tanto en la Primera Guerra Mundial como, junto a Estados Unidos, en la Segunda. El poder naval desempeñó un papel importante a la hora de determinar el éxito de la estrategia occidental. En la Primera Guerra Mundial desempeñó un papel vital para contener a Alemania mediante el dominio de los océanos y por ende la distribución de alimentos y recursos materiales a las fuerzas de la Entente; y todavía más en la Segunda Guerra Mundial, por supuesto, con la *Lend-Lease Act* estadounidense. Gran parte de la historia de la Segunda Guerra Mundial se ha escrito en torno a las batallas terrestres, ya sea El Alamein, Stalingrado o Kursk, pero es necesario conceder mucha mayor importancia al papel poco glamuroso del poder naval. En términos estructurales, una diferencia clave es que la Segunda Guerra Mundial estuvo dominada por el poder aéreo, que solo desempeñó un papel secundario en la Primera, lo cual la convirtió en un tipo de guerra diferente: no solo los bombardeos estratégicos, sino el poder aéreo táctico, el reconocimiento, elntransporte aéreo, etcétera. Hay muchos ámbitos en los que el poder aéreo transforma claramente la forma en que se pueden librar las guerras y eso no ocurrió en la Primera Guerra Mundial, que acabó siendo, para bien o para mal, una guerra de posiciones.

¿Es el bloqueo económico una variante de la estrategia naval?

Sí, fue una extensión de la estrategia naval. En ambas guerras mundiales, el bloqueo económico fue muy importante. En la Segunda Guerra Mundial, por supuesto, la idea de que los Aliados volvieran a bloquear a Alemania no funcionó, porque los nazis tenían ahora acceso a la mayor parte de los recursos de Europa continental y, durante un tiempo, a los de la Unión Soviética. Así que el bloqueo no funcionó en la misma medida. Pero pensar en el bloqueo como un medio para hacer la guerra fue sin duda algo que hicieron los británicos y los franceses en la Primera Guerra Mundial y también en la Segunda, hasta que Francia fue derrotada. Entonces, Gran Bretaña intentó aplicar el bloqueo, hasta que los mandos militares finalmente se dieron cuenta de que no funcionaba: no podían impedir que Alemania tuviera acceso a lo que quería. ¿Qué hacer entonces? Los bombardearon. El bombardeo se convierte en una forma de guerra económica.

Ocupémonos ahora del bombardeo estratégico: en tu obra precedente, habías defendido con reservas la eficacia estratégica de la campaña aliada de bombardeos en Europa, efectuada no solo para mermar la capacidad productiva alemana, sino también para forzar una desviación decisiva de recursos lejos del frente. Más recientemente concluyes The Bombing War *con una valoración notablemente más escéptica*[20]*. ¿Refleja este cambio una reevaluación de las pruebas subyacentes o un cambio en el marco con respecto al cual se juzga la campaña?*

En mi trabajo precedente intenté identificar qué aspecto de la campaña de bombardeos fue eficaz y me centré en los bombardeos estadounidenses sobre el transporte, la producción de petróleo y productos químicos y la industria aeronáutica alemana como factores críticos para paralizar la economía de guerra alemana en 1945. No consideré que el bombardeo de área fuera tan eficaz. No creo que haya cambiado mucho esas opiniones. Lo que he descubierto, al examinar más de cerca las fuentes británicas, es hasta qué punto el ataque deliberado contra trabajadores civiles, sus servicios y sus hogares se convirtió en el eje central de la estrategia del Mando de Bombarderos; sin embargo, las pruebas procedentes de fuentes alemanas muestran que ello no logró lo que Harris quería, pero es cierto que los bombardeos desviaron recursos. Creo que también he mantenido este argumento en mi obra posterior.

---

[20] Richard Overy, *The Bombing War: Europe 1939-1945*, Londres, 2013.

En Why the Allies Won*, te propusiste oponerte a la opinión generalizada de que la victoria de los Aliados estaba predeterminada por su mayor peso económico colectivo, así como a la idea de que Alemania perdió debido a su ineptitud táctica*[21]*. De hecho, insistes en que la guerra se ganó gracias a mejoras en el campo de batalla y, especialmente, en la retaguardia, en la guerra relacionada con la producción, el aprovisionamiento y la logística militar. La apertura de los archivos soviéticos respaldó estas conclusiones en varios aspectos. No obstante, plantearon algunas preguntas. La primera es si no minimizas el equilibrio macroeconómico de fuerzas, que determinó el resultado: el argumento de «los Aliados procedieron de este modo», ¿no es bastante más sólido de lo que admites? Franz von Papen fue quien, en 1939, dijo de inmediato: «Alemania nunca podrá ganar esta guerra». ¿No fue esa una visión bastante clarividente?*

Muy perspicaz, sí, y von Papen no fue el único alemán que pensaba eso. Quizá lo minimicé, aunque lo hice por una razón. En Alemania, las historias de la Segunda Guerra Mundial siempre hacen hincapié en los errores estratégicos y en las apuestas de Hitler, o bien en la mera cantidad de tanques y aviones que los Aliados fueron capaces de producir. Pero esto plantea la pregunta de qué hicieron los Aliados en el campo de batalla, porque ninguna cantidad de material va a servir de nada si se malgasta o no se sabe cómo utilizarlo de manera eficaz. Por supuesto, y *Why the Allies Won* lo reconoce, existía una enorme disparidad. No era tan grande en las primeras etapas de la guerra, pero tras el periodo de transición de 1942-1943, cualquier perspectiva de equilibrio desapareció por completo en sus etapas posteriores. Los Aliados todavía necesitaban, sin embargo, ganar en el campo de batalla. Y si se analiza lo que ocurrió, ello implicó la introducción de muchas reformas en el mismo: el uso del poder aéreo, el uso de blindados y tanques, qué hacer con la infantería, cómo enfocar las batallas de maniobra, algo en lo que los Aliados no destacaban. Tuvieron que aprender a hacer todo esto. Una vez más, no es que necesariamente aprendieran de modo brillante, pero sí aprendieron; de lo contrario, no habrían logrado lo que lograron.

Tomemos un ejemplo sencillo. La Unión Soviética fue capaz de producir grandes cantidades de aviones y tanques, aunque de mucha menor calidad que sus equivalentes alemanes. Pero aproximadamente durante los primeros doce meses de la guerra, estos aviones eran realmente inútiles

[21] Richard Overy, *Why the Allies Won*, Londres, 1995; ed. cast.: *Por qué ganaron los aliados*, Barcelona, 2011.

en combate, porque no tenían radios ni un sistema de control central, pero entonces los rusos crearon entonces extensas redes de estaciones de radio, establecieron un control central del poder aéreo sobre el campo de batalla, etcétera. En Stalingrado, que fue la primera vez que pudieron utilizar estas mejoras, el sistema todavía no funcionaba muy bien, porque muchos pilotos soviéticos estaban bastante mal entrenados, pero no habrían podido utilizar eficazmente la enorme cantidad de aviones que produjeron a menos que hubieran introducido cambios fundamentales en la forma en que los desplegaban. Lo mismo ocurrió con la mayor parte del esfuerzo bélico soviético, al igual que con el británico y el estadounidense. Los británicos, por ejemplo, comenzaron agrupando todos sus blindados en una sola unidad, que avanzaba compacta, para luego sorprenderse cuando los cañones antitanques los hacían pedazos. Tuvieron que aprender a utilizar los blindados antes de poder aprovechar su ventaja material en el conflicto. Eso es lo que quería decir en *Why the Allies Won*.

¿Sucedió lo mismo en los teatros de operaciones no europeos?

Sí, sucedió lo mismo, en el norte de África, por ejemplo. De hecho, el norte de África fue donde los británicos aprendieron realmente a utilizar los blindados y el poder aéreo, por lo que ese teatro de operaciones acabó siendo extremadamente importante. Del mismo modo que más tarde los estadounidenses tuvieron que aprender a llevar a cabo la guerra anfibia; la llevaron a cabo en el Pacífico con una eficacia creciente a lo largo de 1942 y 1943, hasta que estuvieron en condiciones de lanzar grandes operaciones anfibias en Europa. Otros teatros de operaciones fueron muy importantes para perfeccionar la capacidad militar de las potencias aliadas.

Tu primer libro sobre la propia Guerra del Pacífico, Rain of Ruin*, se centra en los bombardeos incendiarios y atómicos de Japón*[22]*. Es un libro muy comedido, pero las emociones que contiene se transmiten con fuerza. Escribes que el mando aéreo estadounidense se mostró inicialmente crítico con los bombardeos de área británicos en Europa por no considerarlos moralmente aceptables ni eficazmente prácticos, y que solo los aceptó gradualmente. Pero en la guerra de Estados Unidos contra Japón el bombardeo de zonas civiles se previó desde el principio y, una vez que entró en el radio de acción, desató una destrucción*

[22] Richard Overly, *Rain of Ruin: Tokyo, Hiroshima and the Surrender of Japan*, Londres, 2025.

despiadada, justificando el exterminio de civiles como algo necesario para salvar las vidas de los soldados estadounidenses en una costosa invasión. Contrariamente a los críticos que cuestionan este motivo, tú sostienes que este fue, en efecto, el razonamiento que justificó la matanza deliberada de cientos de miles de civiles japoneses, postulando también que la simple condena moral es demasiado fácil. Necesitamos comprender cómo se llegó a aceptar el bombardeo estratégico de Japón en aquel momento para que nunca vuelva a suceder. Pero, ¿por qué deberíamos eximirnos de la responsabilidad de juzgar esto? Tu libro es una incriminación devastadora sobre la inhumanidad de la forma en que Estados Unidos puso fin a la guerra en 1945. ¿Por qué rehuir la idea de que era perfectamente posible decirlo en aquel momento y mucho decirlo más hoy?

En aquel momento, nadie implicado en el esfuerzo bélico occidental, ni en Gran Bretaña, ni en Estados Unidos, ni en ningún otro lugar, iba a criticar el bombardeo estadounidense de Japón. Parecía esencial. El argumento era que se trataba de socavar la economía de guerra japonesa, de matar a cientos de miles de trabajadores, para así acortar la guerra. Lo último que quería la gente en Gran Bretaña o en Estados Unidos era que la guerra en el Pacífico se prolongara. Nadie en aquel momento se habría atrevido a levantarse y decir: «No lo hagáis, estáis matando a un gran número de civiles», ni siquiera en Estados Unidos, donde se había mantenido la ficción de que los bombardeos estadounidenses en Europa habían sido bombardeos de precisión diurnos dirigidos únicamente a objetivos militares y, por lo tanto, legítimos, a pesar de que los aviones estadounidenses también estaban matando a un gran número de civiles. Ese cambio en los bombardeos estadounidenses en el Pacífico fue ampliamente aprobado, precisamente porque la gente quería que la guerra terminara lo antes posible, y odiaba a los japoneses.

¿Debería entonces levantarme y decir: «No deberían haberlo hecho»? Los historiadores no hacen eso, en general. Lo que hay que hacer es explicar *cómo* se produjo la radicalización de la estrategia –y cómo se justificó– para que podamos pensar, si esa explicación podría aplicarse a contextos actuales. Cuando se trata de bombardeos –ya sea en Ucrania o en Gaza–, si un Estado decide, sabiendo que no va a ser desafiado militarmente, que quiere utilizar su poder aéreo de esa manera, puede hacerlo. No logramos controlar los bombardeos contra la población civil en la Segunda Guerra Mundial; lo no hemos logrado desde entonces. Debemos centrarnos en cómo vamos a evitar las muertes de civiles. Es

un desafío que nos plantean constantemente los acontecimientos sobre el terreno en Gaza o Ucrania, y ahora en Irán y el Líbano. No hay forma eficaz de proteger a los civiles, si se encuentran en una zona de guerra donde se utilizan armas, que probablemente sean indiscriminadas. Eso ha sido así desde la Primera Guerra Mundial y sigue siéndolo en 2026. Lo lamento y creo que cualquiera que lea *Rain of Ruin* se dará cuenta de que lo lamento realmente.

En un momento de Rain of Ruin *hay una anécdota en la que Curtis LeMay, creo, se dirige a los pilotos estadounidenses reunidos, y uno de ellos dice: «Un momento, esto suena como el tipo de tácticas terribles, que los británicos han utilizado contra Alemania; nosotros no vamos a hacer eso». Esto me llamó la atención como un ejemplo, quizá menor, de alguien que dice que no.*

De hecho, fue el predecesor de LeMay, Haywood Hansell, quien se negó a llevar a cabo bombardeos incendiarios sistemáticos o indiscriminados precisamente por esa razón: porque violaban las leyes generales de la guerra y supuestamente contradecían la práctica estadounidense. Lo echaron y LeMay ocupó su puesto. También hubo personas, que se opusieron a las bombas atómicas, por supuesto; Eisenhower, por ejemplo. Pero la narrativa central en Estados Unidos siempre ha sido que el bombardeo de Japón no solo fue perfectamente legítimo, sino que mereció la pena, porque salvó cientos de miles de vidas estadounidenses.

¿El bombardeo incendiario de Tokio del 9 de marzo de 1945 se celebró casi de inmediato?

Sí, así fue. La prensa no se cansaba de hablar de ello. Estaban desesperados por conseguir imágenes de Tokio en llamas; lo cual es interesante, porque no estaban desesperados por conseguir imágenes de Dresde en llamas. La percepción estadounidense de Dresde, entonces y desde entonces, siempre ha estado ligada a una cierta sensación de culpa por estar asociada a lo que no era más que otro bombardeo de área de Harris carente en absoluto de objetivos militares; era simplemente lo que Harris hacía.

Otra tesis clave de Rain of Ruin *rechaza la idea de que el lanzamiento de las bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki, aprobado tanto por Truman como por Churchill, también estuviera diseñado para intimidar a la Unión Soviética a fin de impedir que Stalin cumpliera la promesa, que le había*

hecho a Roosevelt, de invadir la Manchuria ocupada por los japoneses, convirtiéndolo, en efecto, en el episodio inaugural de la Guerra Fría. Esto, en tu opinión, confunde causa y efecto. En lugar de disuadir a los ejércitos rusos de atacar Manchuria, el bombardeo atómico estadounidense incitó a Moscú a enviarlos. Pero sin duda esto plantea la pregunta de si Washington necesitaba lanzar sus bombas atómicas, ya que Tokio ya había dado señales de que quería salir de la guerra.

No era necesario lanzar las bombas. El impacto combinado de la creciente crisis interna, de los bombardeos incendiarios convencionales y luego de la invasión soviética del 9 de agosto de 1945 era suficiente para empujar a Hirohito hasta el punto de decirle a sus mandos militares: «Ya basta, no podéis defender Japón, nos vamos a rendir». Eso habría ocurrido de todos modos, creo, probablemente casi al mismo tiempo que ocurrió en realidad.

Las bombas se lanzaron por varias razones. Una era la idea de que su efecto iba a ser tan terrible que los japoneses se rendirían de inmediato, aunque gran parte de los mandos del ejército estadounidense no estaban de acuerdo con esta opinión y, de hecho, planearon que la guerra nuclear se prolongara hasta finales de 1945 mediante el lanzamiento de sucesivas bombas atómicas sobre varias ciudades japonesas. También se barajaba la hipótesis de que los estadounidenses necesitaban demostrar que habían inventado la bomba nuclear y que estaban dispuestos a utilizarla antes de que la guerra llegara a su fin. Los científicos abogaban por ello, los militares igualmente y, al final, Truman no puso ningún obstáculo en su camino. Ambos grupos ya habían organizado los comités, que irían a Japón para investigar cuál había sido el impacto de la bomba y qué significaría para el futuro de la guerra. Era una visión cínica de por qué debía usarse la bomba y de por qué se lanzó la segunda bomba y, en realidad, del plan de seguir lanzando bombas, hasta que Truman dijo no, basta, el 10 de agosto.

Se puede constatar cómo se fue acumulando en la primavera y principios del verano de 1945 esa necesidad imperiosa de tener la bomba lista para su uso antes de que terminara la guerra: un esfuerzo desesperado de Oppenheimer y su equipo para asegurarse de que realmente pudiera lanzarse antes de que los japoneses se rindieran. Si las bombas no se hubieran lanzado para entonces, los estadounidenses habrían malgastado una enorme cantidad de dinero. A Groves y a Oppenheimer les

preocupaban las críticas políticas resultantes. Realmente querían lanzar una bomba para demostrar de lo que esta era capaz. Ahora todos sabemos de lo que es capaz.

¿Qué importancia le otorgas a la campaña terrestre soviética? ¿Impidió efectivamente que continuara la resistencia dentro del ejército japonés?

La invasión soviética de Manchuria fue muy importante. Durante mucho tiempo, los historiadores sostuvieron que las bombas atómicas tuvieron más peso, pero ahora hay una cuantiosa bibliografía que afirma que su importancia fue equivalente. Las pruebas objetivas dejan bastante claro que la invasión soviética del 9 de agosto fue crucial para los dirigentes japoneses, porque de repente se enfrentaron a la posibilidad de que los rusos llegaran a las islas japonesas antes que los estadounidenses, como había ocurrido en Europa del Este. Ello impulsó al ejército a aceptar la Declaración de Potsdam, la rendición efectiva de Japón.

El argumento de que el lanzamiento de la bomba tenía como objetivo disuadir a Stalin para demostrarle que Estados Unidos aventajaba a la Unión Soviética a fin de controlarlo, cuando no habían sido capaces de hacerlo en Europa del Este, es completamente erróneo. Tuvo el efecto contrario. Hizo que Stalin acelerara su intento de apoderarse de lo que quería conseguir en Asia Oriental y, de hecho, tal vez incluso de ocupar parte de Japón, país que esperaba compartir con Estados Unidos. La bomba no disuadió en absoluto a los soviéticos. Les molestó, precisamente porque pensaban que eso era lo que los estadounidenses intentaban hacer, pero solo hay pruebas muy circunstanciales de que los estadounidenses lanzaran la bomba para intimidar a la Unión Soviética.

Tú destacas lo absolutamente ajenas que eran a Occidente la cultura y la sociedad japonesas, y los altos mandos estadounidenses –Marshall, LeMay y compañía– no ocultaban sus opiniones racistas. Sin embargo, el ejército de Estados Unidos también encargó trabajos académicos serios sobre Japón para orientar su eventual ocupación. MacArthur hizo todo lo posible por complacer a Hirohito con el fin de preservar el orden social, que este había presidido y se aseguró de que nunca se enfrentara al Tribunal de Tokio por su evidente participación en la Guerra del Pacífico. ¿No prevaleció *en Japón la razón de Estado sobre el racismo con la misma facilidad con la que lo hizo sobre el antifascismo en Alemania?*

En cuanto a la supervivencia de Hirohito tras el fin de la guerra, MacArthur opinaba que no tenía sentido hacer cosas, que dificultaran a los ocupantes estadounidenses el control de la población japonesa. Mantener al Emperador era una idea sensata, una jugada brillante para asegurarse de que los japoneses sintieran que había algún tipo de continuidad, que la derrota no suponía la destrucción de la nación, como les había dicho la propaganda imperial. Hirohito estaba allí, Japón continuaría, fueran cuales fueren los términos de la ocupación y sin importar cómo organizaran las cosas los estadounidenses. Esa fue una comprensión profunda de la situación por parte de MacArthur. También hizo posible que muchos japoneses aceptaran el argumento de que la rendición ante los estadounidenses había sido una decisión generosa de Hirohito para detener la guerra y evitar más sufrimiento, en vez de constatar que Japón se había rendido, porque los estadounidenses iban a invadir el país. Además, tuvo el efecto psicológico de facilitar enormemente a la población japonesa la transición de la vida bajo el orden imperial a su inserción en un sistema democrático. Hirohito allanó el camino para la senda seguida por Japón durante la década de 1950.

Una última pregunta. C. V. Wedgwood dijo de la Guerra de los Treinta Años del siglo XVII, que no tenía por qué haber ocurrido y que no resolvió nada que valiera la pena resolver. Se ha argumentado que la Guerra de los Treinta Años del siglo XX podría haberse evitado, pero, retrospectivamente, muchos sostendrían que sí resolvió la cuestión básica del poder mundial. Sin embargo, llama la atención la certeza de tu argumento en Blood and Ruins *de que la Segunda Guerra Mundial fue el capítulo final de la guerra imperial y colonial. Esto me parece optimista. ¿No existe una posibilidad muy real de que se reabra ese modelo?*

Debo decir antes que nada que *The Last Imperial War* fue la elección de los editores estadounidenses para el subtítulo de *Blood and Ruins*. En la edición británica, mi subtítulo era *The Great Imperial War*, lo que no sugiere que no pueda haber otra, pero es posible que la gente lo haya malinterpretado. Me refiero a un tipo concreto de imperialismo centrado en el colonialismo, centrado en la forma en que se gobierna a otros pueblos, a los pueblos sometidos. Este modelo llegó a su fin en la década posterior a 1945 y ahora vivimos en un mundo de Estados-nación, cuyo número ronda los doscientos. No vamos a volver a un mundo de colonialismo y dominio de corte colonial. Ello no significa que no vayamos a tener potencias hegemónicas. Estas pueden hacer alarde de su poder, de

forma violenta, como está haciendo Estados Unidos en estos momentos. Pero, de nuevo, Estados Unidos no va a establecer colonias en Oriente Próximo ni en América Latina. Se trata de un sistema de poder hegemónico y la potencia hegemónica puede hacer más o menos lo que quiera a escala mundial.

No es el antiguo sistema imperial, que llegó a su fin después de 1945. Si observamos la evolución de la geopolítica desde entonces, esta se ha caracterizado en un primer momento, como es bien sabido, por la existencia de dos superpotencias, de dos potencias hegemónicas. Ahora ha pasado a una configuración diferente en la que la segunda potencia hegemónica es China, no Rusia, aunque esta sigue desempeñando un papel importante. Pero las superpotencias no se han dedicado al imperialismo tal y como yo lo entiendo: el tipo de imperialismo colonial, que predominaba antes de 1945. Por eso es posible hablar de la Segunda Guerra Mundial como la gran guerra imperial. Si en el futuro hay guerras por el territorio, estas adoptarán una forma diferente y el motivo o la naturaleza de la forma de gobierno posterior serán distintos. Soy historiador, así que sé que no puedo predecir lo que va a suceder en el siglo XXI. Pero como historiador, también sé que el mundo no se va a quedar como está. Lo que suceda en el próximo siglo bien podría imitar lo que hemos visto en el pasado reciente, pero será una historia diferente.

Richard Overy: Obras seleccionadas

Génesis de la Segunda Guerra Mundial
1982 *The Nazi Economic Recovery, 1932-1938,*
1994 *War and Economy in the Third Reich*
1994 *The Inter-War Crisis, 1919-1939*
1999 *Origins of the Second World War*
2004 *The Dictators: Hitler's Germany and Stalin's Russia;* ed. cast.: *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin,* Barcelona, 2010.
2009 *Countdown to War*

La guerra desde el aire
1980 *The Air War: 1939-1945*
1984 *Goering: The 'Iron Man'*
1997 *Bomber Command, 1939-1945*
2000 *The Battle of Britain: The Myth and the Reality*
2013 *The Bombing War: Europe 1939-1945*
2018 *RAF: The Birth of the World's First Air Force*
2025 *Rain of Ruin: Tokyo, Hiroshima and the Surrender of Japan*

Naturaleza y resultados de la Segunda Guerra Mundial
1995 *Why the Allies Won*, ed. cast.: *Por qué ganaron los aliados*, Barcelona, 2011.
1997 *Russia's War*
2001 *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945*; ed. cast.: *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Barcelona, 2003.
2021 *Blood and Ruins: The Great Imperial War, 1931-1945;* ed. cast.: *Sangre y ruinas. La gran guerra imperial. 1931-1945*, Barcelona, 2024.

La sociedad británica
1976 *William Morris, Viscount Nuffield*
1984 *All Our Working Lives*
2009 *The Morbid Age: Britain Between the Wars*

Reflexiones globales
2004 *The Times Complete History of the World*
2014 *A History of War in 100 Battles*
2024 *Why War?*; ed. cast.: *¿Por qué la guerra?*, Barcelona, 2025.